

## **Solemnidad de la Natividad: Misa de la Noche A2019**

Algunas noches son memorables; otros son inolvidables. Lo que hace que esas noches sean inolvidables y memorables son los grandes eventos que les han cruzado y han dejado un impacto en la vida de quienes los vivieron.

Así es como los europeos recuerdan la noche que siguió al final de la Segunda Guerra Mundial. Así es como los africanos todavía recuerdan hoy y cuentan la historia de la noche de su independencia. Así es como los estadounidenses aún recuerdan y cuentan la noche en que la bandera de la Unión todavía estaba allí cuando el ejército británico fue derrotado.

Esta es una otra noche, no similar a otras noches, pero única en la historia humana, una noche en la que Dios, en su amor y generosidad, se ha hecho un hombre como nosotros para salvar a la humanidad. Esta es una noche de alegría, donde vemos mostrar ante nuestros propios ojos el amor de Dios por nosotros y por nuestro mundo.

Esta noche está arraigada en la memoria colectiva del pueblo de Israel, ya que se remonta a los profetas y a la promesa que Dios hizo a sus antepasados para dar un salvador al mundo. Como escuchamos de Isaías, fue cuando la esperanza del país se perdió y cualquier perspectiva de futuro era nula cuando Dios visitó a su pueblo y les dio una firme promesa de liberación.

Es esta alegría de liberación que Isaías expresa en el hermoso himno que hemos oído en la primera lectura: “El pueblo que caminaba en tinieblas vio un gran luz; sobre los que vivían en tierra de sombras, una luz resplandeció. A los cuyo yugo ha cargado los hombros han recibido alivio. Todo lo que es un recordatorio de batalla, guerra y sangre se ha quemado para siempre en llamas.

¿Por qué tanta alegría? La razón del regocijo radica en una señal que el Señor ha dado a su pueblo. Este signo es un niño que nace, un Hijo que se les da, sobre cuyos hombros se reponen todos los dominios. Ese hijo es un “consejero admirable, Dios poderoso, Padre sempiterno y un Príncipe de la paz”. Su reino es tan vasto como el mundo; su reinado es tan pacífico como el de David; Su juicio es tan justo como la justicia nunca ha sido en el mundo.

Jesús es este Hijo y “Dios-poderoso”. Él es el cumplimiento de la promesa de Dios hecha a los patriarcas. Él es el redentor del mundo y nuestro Salvador. El Evangelio de esta noche santa narra lo que sucedió en ese momento cuando Jesús nació en el pequeño pueblo de Belén en Palestina.

Los datos históricos y geográficos que rodean esta narración tienen la intención de decirnos que Jesús no es un cuento o una leyenda. Su nacimiento realmente tuvo lugar en este mundo y en circunstancias conocidas. Está enraizado en la historia humana. Él tiene una familia y un país desde donde podemos rastrearlo e identificarlo.

De hecho, ser humano siempre es pertenecer a algún lugar, existir en algún momento y vivir en algún lugar. Es por eso que San Lucas describe el nacimiento de Jesús como un signo de un evento histórico y un testigo del cumplimiento del plan de Dios.

En el centro de la Navidad, hay un misterio: Dios se ha hecho uno de nosotros. En Jesús, el Dios siempre invisible se ha hecho carne y se ha convertido en un ser humano como nosotros. En Jesús, Dios ha tomado un rostro humano y ha abrazado la naturaleza humana y su historia. Jesús es no solo el hijo de María, sino también el Hijo de Dios, el Salvador; no es solo el profeta de Nazaret, sino también Cristo y Señor. De ahora en adelante, sabemos

que Dios tiene una cara y un nombre. De ahora en adelante, sabemos quién es Dios para nosotros y quiénes somos para él.

Jesús es el regalo de la paz de Dios para el mundo. No una paz obtenida a través de las armas, sino a través de la voluntad de Dios. Quien lo reciba y camine en sus senderos tendrá la paz del corazón que sobrepasa cualquier bien que alguien pueda tener en esta vida. Jesús es el Salvador que el Padre ha enviado para liberarnos de toda ilegalidad y limpiarnos de nuestros pecados para que nos convirtamos en el pueblo de Dios, ansiosos por hacer lo que es bueno en su presencia.

En Navidad, Dios nos invita, como dice San Pablo, a rechazar todas las formas impías y los deseos mundanos y a vivir templada, justa y devotamente en esta época problemática. Realmente necesitamos cambiar nuestras vidas y hacer que se ajusten a la imagen de Aquel que se ha hecho en uno de nosotros para que seamos parte de él. Debemos renunciar a todo mal comportamiento y elegir la forma de vida de Dios.

Estamos reunidos esta noche para celebrar el comienzo de nuestra redención y la encarnación del Hijo de Dios en el mundo para nuestra salvación. Como cristianos, somos testigos de la certeza de que, a pesar de las dificultades y conflictos en el mundo y en nuestras propias vidas, no estamos solos. Dios está con nosotros en su Hijo, Jesucristo; él nos ama. Saber que Dios nos ama y quiere que seamos sus hijos marca la diferencia en nuestras vidas. Nos da el coraje para enfrentar el presente y la fuerza para esperar en el futuro.

La Navidad no es una celebración de un evento pasado, sino de un evento que tiene lugar hoy mientras nos esforzamos por vivir en el espíritu de Cristo. En esta noche, hay una revelación de Dios que se hizo pobre, pero también hay una revelación de un mundo nuevo y, un comienzo de una nueva historia entre Dios y los seres humanos.

La Navidad no es un evento del pasado; Es un evento que ocurre cada vez que creamos un mundo nuevo y una nueva humanidad alrededor. Cada vez que compartimos con los necesitados, las personas sin hogar, los abandonados y los extranjeros sin recursos, somos testigos de la verdad de la Navidad, que Jesús nació pobre para hacernos ricos en Dios. Es a través de nuestro cuidado que un mundo nuevo y la nueva humanidad traídos por Jesús tienen lugar hoy.

Es por eso que en Navidad, se nos recuerda que todos somos hermanos y hermanas. Nuestros corazones deben estar abiertos a los demás. No debemos temer a los demás, incluso si son diferentes a nosotros. Abrámonos a las diferencias, porque todos somos iguales ante la pesebre.

En Navidad, la alegría y la paz de Cristo son más convincentes que los prejuicios que nos dividen. Escuchemos la voz de sabiduría del niño en la pesebre que se dirige a nosotros! Dios nos ha dado una prueba de su amor al hacerse uno de nosotros. Escuchemos su grito mientras suplica nuestro amor. Paz a ustedes en esta noche santa! ¡Paz a su familia y a los que aman! ¡Feliz Navidad a todos!

**Isaías 9: 1-6; Tito 2: 11-14; Lucas 2: 1-14**



Fecha de la Homilía: el 24 de Diciembre, 2019

© 2019 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: [www.mbala.org](http://www.mbala.org)

El nombre de Documento: 20191224(b) homilia.pdf